

Los libros en Europa

Más allá de las nubes, *Michelangelo Antonioni*, traducción de Juan Manuel Salmerón, Barcelona, Mondadori, 2000, 200 pp.

Los 33 textos que componen este libro fueron publicados originalmente en Italia en 1983, cuando el famoso director de cine tenía 70 años, bajo el título de *Quel bowling sul Tevere* («Aquella bolera junto al Tiber»), que da nombre a uno de ellos. Ahora acaba de ser editado en castellano con el mismo título de la película en cuatro episodios que Antonioni, junto al alemán Wim Wenders, dirigiera en 1995, cuando ya había superado los 80: *Al di là delle nuvole* («Más allá de las nubes»), hasta el momento su última producción. Y quizá no les falte razón a los editores españoles al introducir este cambio, ya que aparte de incluir el volumen los cuatro relatos en que se basa el filme («Este cuerpo de barro», «Crónica de un amor que nunca existió», «La chica, el crimen...» y «No me busques»), se abre con otro, «El horizonte de sucesos», donde ese *más allá de las nubes* adquiere un sentido específico, iluminando no sólo los textos aludidos —y no precisamente con una luz tranquilizadora—, sino el resto del libro. Como dice Antonio-

ni en este último: «Hacia los doscientos kilómetros el cielo es negro». Pero, para él, no se trata sólo de la negritud visible, sino también de otra insondable, metafísica, que hay que relacionar con la cita de Lucrecio que el cineasta —y, en estas propias páginas está la prueba, gran escritor— pone como epígrafe de su compilación. «Aunque ignoro cómo tuvo origen el mundo, / por los movimientos mismos del cielo / y por muchas otras cosas, / estoy seguro de que el mundo no ha sido creado para nosotros / por una voluntad divina tan plagada está de mal». Un mal que asoma, absoluto, inexplicable, en «Aquella bolera junto al Tiber», por ejemplo, o que se vela con las máscaras de lo ridículo («La rueda»), de lo estúpido («El desierto del dinero») o de lo grotesco («Un montón de mentiras»), por ilustrar algunos de los diversos ángulos desde los que es enfocado. Todos estos títulos, además, como la mayoría de los que componen el volumen, remiten a historias imaginadas por Antonioni expresamente para el cine —o, simplemente, a esbozos, gérmenes de ideas que bien pudieron haber tenido como término la pantalla—, pero que al final se quedaron en el papel. No importa: leerlas es como verlas.

Gracias a las cualidades inextricablemente unidas en él del cineasta y del narrador.

Ricardo Desau

Este momento sin tiempo, *Laura Huxley, traducción de Leonor Blázquez, ediciones Árdora, Madrid, 1999, 148 pp.*

Hay en la vida y en la obra —ya que ambas, aquí, son tan inseparables— de Aldous Huxley, un desarrollo creciente, cada vez más atento, en el estudio de la naturaleza humana. Un desarrollo que, reflejado en la novela, indaga al principio en el marco de las relaciones humanas a partir de la sociedad inglesa de la época, para avanzar luego hacia una toma de posición —de decisión— que se referirá no sólo a cuestiones puntuales de nuestro tiempo —el pacifismo, la tecnología, la superpoblación— sino a cuál sea la naturaleza misma de la conciencia humana y cuáles las condiciones que disminuyen o aumentan nuestra experiencia de lo real.

El libro de Laura Archera Huxley nos acerca a la última década de la vida del autor inglés del modo que sólo puede hacerlo un íntimo: «Aldous» es el compañero de Laura

y también el hombre que no deja de dar conferencias y escribir libros que despiertan desde la perplejidad al entusiasmo. Sus novelas y ensayos son ahora el referente de una actividad pública completada por conferencias y encuentros que interesan tanto a la comunidad científica como al neófito. Y, con todo, la obra de este hombre crece en la soledad: «Aldous estaba consternado por el hecho de que no se tomara en serio lo que escribió en *La Isla*. Se consideró como una obra de ciencia-ficción, cuando no era ficción, porque cada una de las formas de vida que describió Aldous en *La isla* no eran producto de su fantasía, sino algo que se había puesto en práctica en un sitio u otro, incluso en nuestra propia vida diaria», recuerda Laura.

Formas alternativas de conciencia, experiencias con mescalina, psilocibina, L.S.D., quedan documentadas en este libro que significa una interrogación profunda para el lector, porque, ¿cómo dejar de ser lo que uno es? O, de otra manera, ¿cómo percibir que la conciencia del yo no es sino un paso en un camino? «¿Qué soy yo?», se pregunta Huxley en este libro que incorpora el fragmento inédito de la que iba a ser su última novela. «¿Qué soy...?» Una fuga, una perspectiva, que coloca la biografía propia en un momento del tiempo —un nivel del discurso, como de otro modo han enseñado los Foucault,

Derrida o De Man— cuya profundidad hay que penetrar. Y no para sustituir una voz por otra, desde la infancia a la senectud, sino para encontrar, por debajo y por encima de la conciencia del yo y la afirmación egocéntrica, una «lingua franca», una «cordura básica» que sería fundamento de todo: «una realidad que nada tiene que ver con objetos o sujetos, sino que es una unidad cósmica de amor», escribe Huxley a Osmond, relatándole su experiencia, en una carta.

«Nuestra tarea es despertar. Tenemos que encontrar los medios para detectar la totalidad de la realidad en esa parte ilusoria que es la única que nos permite ver nuestra conciencia egocéntrica», insiste Huxley aún en el ensayo sobre Shakespeare terminado tres días antes de morir. Una atención a lo personal que no olvida nunca la realidad social —los dos polos que constituyen el valor de la obra de Huxley—, porque, ¿cómo desarrollar una conciencia más despierta si la sociedad permanece anclada en narraciones ideológicas obsoletas y en prejuicios culturales, étnicos y religiosos que fomentan la división y la lucha? En uno de sus últimos ensayos, *Cultura e Individuo*, escribe con preocupación: «En un mundo con un crecimiento explosivo de población, precipitados avances tecnológicos y un nacionalismo militante, el tiempo de que disponemos está estrictamente limitado». Y Laura, recor-

dando una conferencia de Aldous Huxley, pronunciada poco antes de morir: «Es un tanto embarazoso que después de cuarenta y cinco años de investigación y estudio, el mejor consejo que puedo darles es que sean más amables unos con otros».

Luis Bodelón

Vencer no es convencer. Literatura e ideología del fascismo español, Mechtild Albert (ed.), Vervuert, Frankfurt a.M., 1998, 276 pp.

Como se recordará, el título de la monografía editada por Albert alude a la más citada de las frases que don Miguel de Unamuno espetara a Millán Astray el 12 de octubre de 1936 en el paraninfo de la Universidad de Salamanca con ocasión de la apertura del año académico: «Venceréis, pero no convenceréis. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta [...]». Título bien elegido, tratándose de una gavilla de ensayos de distinta naturaleza pero de parecida enjundia sobre la literatura e ideología falangistas. El volumen consta de cinco partes o secciones, tituladas, respectivamente: «Política e ideología», «Configuraciones literarias e ideológicas», «Teatro y propaganda», «Mitos literarios y la guerra civil» y «El fascismo en la literatura de la democracia».

La primera sección es la sola que aborda explícitamente aspectos históricos, ideológicos, políticos y económicos. Los tres trabajos que la integran indagan, respectivamente: a) sobre los significados del término *fascista* en los años de la II República y sus semejanzas y diferencias con los «modelos» foráneos; b) sobre los significados de algunas características clave de las varias etapas de la realidad política del franquismo (autarquía, autoritarismo y modernización de la última década); y c) sobre el filosefardismo defendido y postulado por intelectuales conservadores o incluso declaradamente fascistas (Giménez Caballero era quizá el caso más llamativo) en las páginas de *La Gaceta Literaria* (un filosefardismo, por tanto, en clara discrepancia con el antisemitismo postulado por el fascismo alemán).

Los ensayos de la segunda sección versan sobre obras de José María Salaverría, Concha Espina y Tomás Borrás, y constituyen tres ejemplos ilustradores de la configuración del pensamiento reaccionario, del estorbo deliberado de la emancipación femenina y del arranque de la escritura tremendista (un tremendismo de terso cuño fascista). En la parte tercera se vuelve sobre la pregunta del teatro de masas en la época de la II República y se analizan piezas de teatro de Ignacio Luca de Tena desde la estética de lo trivial como instrumento

ideológico y de Agustín de Foxá como paradigma literario de la propaganda franquista. En la sección penúltima se estudian algunos procedimientos literarios utilizados por autores fascistas para configurar el «mito del imperio» y se indaga sobre el alcance político, histórico y cultural del Madrid republicano asediado –Madridgrado para los asediados– y la fobia vengadora contra la capital «traidora». En la sección que cierra el libro se analizan algunas obras recientes que tematizan los años de la dictadura, entre las que figuran *Los rojos ganaron la guerra* (de Vizcaíno Casas), *La cólera de Aquiles* (de Luis Goytisolo), *La muchacha de las bragas de oro* (de Juan Marsé), *Beatus ille* y *El jinete polaco* (de Muñoz Molina), *Los mares del sur* y *El pianista* (de Vázquez Montalbán) y *El mismo mar de todos los veranos* (de Esther Tusquets).

Los quijotes del Quijote. Historia de una aventura creativa, José Ángel Ascunce Arrieta, Edición Reichenberger (*Teatro del Siglo de Oro, estudios de literatura, vol. 43*), Kassel, 1997, 547 pp.

La monografía de Ascunce Arrieta sobre el *Quijote* no es una más: sin dejar de ser erudito y estar muy

bien documentado, el estudioso se centra más en el texto narrativo en sí que en la (desde hace tiempo inabarcable) bibliografía quijotesca, desde la convicción de que la realidad existencial de Cervantes determinó en buena medida la dinámica de la composición de la novela. Otro aspecto novedoso es la reflexión sobre los posibles efectos que manan de la redacción ternaria de la obra en sintonía con las tres salidas del hidalgo manchego.

Integrado por cuatro capítulos de dispar extensión y una extensa conclusión, el primero (pp. 9-63) profundiza en aspectos biográficos y en la personalidad y el pensamiento cervantinos, considerados en y desde las coordenadas histórico-sociales y temporales. El segundo (pp. 65-142) versa sobre la primera salida, germen de la entera obra, proemio de una aventura creadora de gran calado y, a la vez, novela ejemplar tanto por su concepción como por su forma narrativa y estilística. Pero no se trata de una novela ejemplar más de las que ya tenía ultimadas, puesto que su alcance, las características de los elementos que la integraban (el «caso» del hidalgo cincuentón, su locura, el cariz de sus alucinantes aventuras —o «hazañas»—) y el desenlace de esta primera salida ofrecían un potencial de ingredientes que se prestaban para su ampliación y desarrollo. El capítulo central (pp. 143-298) es el más original e inno-

vador, puesto que en él muestra el estudioso los entresijos de la creación cervantina, los elementos que hacen del *Quijote* una novela moderna y polifónica y la voluntad del autor de desbordar formas narrativas gastadas, de ampliar perspectivas creadoras y de ensanchar los horizontes del relato mediante digresiones y tanteos.

El último capítulo (pp. 299-488) —el más extenso— estudia las estructuras y los significados de la tercera salida como respuestas narrativas a tentativas, destrezas y procesos novelísticos de la segunda y también desarrolla de manera convincente los propósitos y el cometido: exponer e interpretar el pensamiento y la creación de la última etapa de Cervantes, consciente de que ya estaba con el «pie en el estribo».

Spanien heute. Politik, Wirtschaft, Kultur, Walther L. Bernecker – Klaus Discherl (eds.), *Vervuert (Biblioteca Ibero-Americana, 65), Frankfurt a.M., 702 pp.*

Quienes se dedican a la enseñanza de la literatura y cultura españolas en los países de lengua alemana disponen de un manual de introducción a la España contemporánea.

El libro está dividido en cinco secciones, en líneas generales, a los temas siguientes: I, Consolidación

democrática y nueva cultura política; II. Monarquía, Ejército y economía; III, Cambios y transformaciones en y de la sociedad; IV, España y lo foráneo; V, Cultura y medios de comunicación. Cada una de las secciones está integrada por varios capítulos —cuatro en el caso de las tres primeras, y tres y cinco en el de las demás— inherentes y perfectamente ajustados a los objetivos elegidos. Pero amén de la calibrada y perspicaz elección de los temas, entre los logros del cometido figura el haber podido contar con una serie de especialistas no sólo dispuestos a colaborar, sino a redactar un trabajo destinado específica y explícitamente al volumen. Los resultados son, como cabía esperar, de un alto nivel científico, de novedosos enfoques metodológicos y a veces incluso sumamente originales.

Los cuatro trabajos que integran la primera sección versan, respectivamente, sobre los procesos y mecanismos de la consolidación democrática, el regionalismo y las autonomías (1977-97) y la cultura política. Se trata de una gavilla de estudios bien enfocados y altamente complementarios, de los que se desprenden resultados que sospecho novedosos incluso para los estrategas de los partidos políticos españoles.

De los cuatro ensayos de la sección segunda, el primero analiza el papel del rey y de la monarquía en el proceso de democratización, la

posición del monarca en la Constitución y la decisiva aportación del soberano a la erradicación de la dictadura; el segundo estudia el papel y el significado del Ejército desde la caída del régimen y su grado de aceptación social; el tercero ofrece una vista panorámica de la economía española en su largo itinerario hasta Maastricht; el último brinda una detallada vista de conjunto sobre el desarrollo de las relaciones laborales y los sindicatos en la España democrática.

Los cuatro capítulos dedicados a los cambios sociales versan, respectivamente, sobre las acusadas transformaciones sociales que tuvieron lugar durante la transición, la nueva actitud frente a la Iglesia y la religión, los sistemas escolares y las varias etapas de las reformas y los concluyentes cambios de la situación de la mujer durante la transición y la primera etapa socialista.

La sección relativa a España y lo foráneo se abre con un trabajo que pulsa muchos acordes en torno a las relaciones entre españoles y foráneos y/o extranjeros (términos ambos entre tanto de semántica resbaladiza y versátil) y al trato que reciben en la España oficial y cotidiana. El segundo ensayo aborda un tema no menos espinoso: la imagen de América Latina en España; una imagen transida de etnocentrismo, y de un panhispanismo asociable a ideas poscoloniales. El último trabajo está dedicado al análisis del

sector turístico y su desarrollo desde 1950 hasta 1996 y a la presentación de las razones por las que España sigue siendo el país elegido por la mayoría de los turistas europeos.

La última sección consta, como queda indicado, de cinco ensayos, todos a cual más novedosos, tanto por los temas tratados como por el modo de analizarlos. El primero es quizá el más arduo y movedido, puesto que analiza la posición de los intelectuales hacia 1975 (obligados a elegir entre la autonomía, el compromiso y la participación en el poder), su situación histórica, política y cultural en una época de transición, el peso de la tradición y el pasaje de la oposición al franquismo a la responsabilidad política (1976-1982), los cambios de la década de los 80 y el papel de columnistas, cronistas, «analistas simultáneos» y creadores de opinión. Innovador y original en su acercamiento es el ensayo sobre el mundo literario y editorial y la actual mercantilización de la cultura, (ilustrado con ejemplos convincentes y sazonado con anécdotas divertidas y significativas, que abarcan desde la literatura juvenil (y las batallas libradas en torno a los pingües negocios de los libros de texto) a los premios literarios y al «infotainment» alimentado por novelistas y cineastas. De especial interés es el trabajo sobre la prensa diaria de calidad, el *boom* de los suplementos semanales, los periódicos

(que también actúan como empresas de «opinión») y la posición del diario en el concurrido mercado de los medios de comunicación. El ensayo dedicado a la producción cinematográfica y a las principales tendencias de los últimos veinte años está cuajado de información sobre la industria cinematográfica española, con puntualizaciones sobre las estrategias de cooperación e interpretaciones convincentes de las obras más significativas de Almodóvar, Trueba y Amenábar. El último trabajo desvela aspectos capitales del futuro mercado de las telecomunicaciones, con datos de interés sobre las sañudas batallas políticas, jurídicas y económicas en torno a la televisión digital y a la transmisión en directo de los partidos de fútbol.

J.M. López de Abiada

Después del fin del arte. El arte contemporáneo y el linde de la historia, Arthur C. Danto, Barcelona, Paidós, 1999, 251 pp.

Dar cuenta, desde un punto de vista filosófico, de la situación del arte en la actualidad es el propósito de este libro de Arthur C. Danto. La pregunta decisiva sería, tal como

escribió Heidegger comentando lo dicho por Hegel acerca de la muerte del arte, si éste ha dejado de ser un elemento esencial para la constitución de nuestra verdad histórica. Ahora bien, precisamente en la historia ha ido cambiando la definición de lo que se considera arte. Danto no llega a definirlo sino que sostiene que una definición esencialista del arte debería poder abarcar «todo lo que es arte». No he sido capaz de encontrar en el texto tal definición que quiere conciliar esencialismo e historicismo.

A este respecto, es relevante que quizás el apoyo teórico más importante del libro de Danto no sea Hegel sino Wölfflin quien había escrito que: «No todo es posible en cualquier tiempo, y ciertos pensamientos sólo pueden ser pensados en ciertos estadios del desarrollo». Lo cual conduce a una posición inevitablemente historicista. Siguiendo esta estela, Danto considera que no hay propiamente arte antes del *Quattrocento*; sólo a partir de entonces se comenzó a pensar en términos de una realidad especial que demarcaba como exteriores a ella –fuera de su linde– a otras. El fin del arte adviene cuando la reflexión filosófica sobre el arte se ha convertido en un aspecto inexcusable del proceder artístico. El arte sería un tipo de realidad cuyos límites temporales estarían aproximadamente entre 1435 –fecha de redacción del tratado de Alberti sobre pintura– y 1962, con

la consolidación del *pop art*. En ese momento se hace posible, inexcusable, preguntarse qué es lo que distingue a algo que se nos presenta como obra de arte –las cajas «Brillo» de Warhol, por ejemplo– de una realidad extraartística indistinguible de aquellas –los recipientes comerciales Brillo. Cualquier realidad podría exigir su reconocimiento como artística y, por tanto, fuera del límite del arte no quedaría nada. Una situación que a Danto le complace por lo que entraña de pluralismo y tolerancia ya que no existen reglas de ningún tipo. Pero que, reconoce, nos deja también perplejos.

Cabría objetarle a Danto que desde el momento en que se resolviera de forma satisfactoria –de forma esencialista tal como él dice pretender– la pregunta de a qué puede llamarse arte quedaría inmediatamente restablecido un criterio de demarcación entre lo artístico y lo no artístico. Se aclararía, entonces, también cuál puede ser la función de la crítica. La respuesta sería, quizás, –y de acuerdo con Wölfflin– que ello es históricamente difícil ya que en nuestro tiempo de postmodernidad ya no existen lo que Lyotard llamó «metarrelatos». Efectivamente Danto identifica en el arte occidental dos narrativas maestras que han señalado direcciones al arte: la primera, conceptualizada por Vasari, concibió el arte como mimesis, como conquista de la representación visual. La segunda, teorizada

por Greenberg, habría perseguido la pureza en el arte tras identificar las características esenciales de éste. (De ahí que el arte representacional del *pop* o del surrealismo no fueran propiamente artísticos según el crítico norteamericano.) En cada una de esas dos fases, la crítica se atribuyó tareas distintas a sí misma. Con el fin de las narrativas maestras, todo puede ser arte. Reina la libertad. La pregunta planteada por Danto queda sin resolver: ¿por qué, de hecho, distinguimos entre «objetos artísticos» y «objetos reales»?

Pese a las dudas que he expresado nos hallamos ante un texto de gran interés y amenidad, donde hay interesantes reflexiones sobre aspectos del arte del siglo XX, de los museos o de la crítica. Lástima que abunden términos o expresiones que afean notablemente la traducción. Basten como ejemplo: «distrayente» (38), «una historiadora de mi conocimiento» (50) o «implicación de que quien no adhiere debe ser suprimido» (51).

Rafael García Alonso

Lacan, Alain Vanier, traducción de Francisco Martín Arribas, Alianza, Madrid, 1999, 100 pp.

Seguido como un fundador o cuestionado como un charlatán, el

psicoanalista francés ha merecido todos los encomios y denuosos que suelen acompañar a la gloria, tan cierta o efímera que sea. Vanier, que es un experto cazador en la selva lacaniana, ha hecho un manual rápido y diáfano para no iniciados, de modo que se tengan en un puño las numerosas categorías propuestas por Lacan, desbrozando lo que es escritura y la oralidad de sus seminarios. Se puede hablar de un mentor o guía o vocabulario de extrema utilidad para quien quiera adentrarse o repasar la obra de Lacan.

Proveniente, a la vez, de la ciencia médica y del surrealismo, Lacan ha propuesto una relectura de Freud apartada de cualquier cientificismo, reivindicando para el psicoanálisis una dosis de cosa inclasificable (o salvaje, *Wild*), que no se resuelve en ciencia experimental ni en práctica iniciática, y que intenta liberar la palabra, quitarle la mordaza impuesta por la cultura y que la hace palabra pero que le impide decir todo lo que puede decir, que es infinito.

Ya los románticos se habían ocupado del asunto, y Freud les debe lo suyo, especialmente a través de su albacea Schopenhauer (albacea del romanticismo y de Freud). En Lacan, al hacernos sujetos en tanto resultados del deseo de ese Otro del que apenas sabemos que es mayúsculo, otro y único (¿Dios, quizá?), la infinitud del discurso está servida, a cuenta de que el Otro es absoluto, o

sea misterioso. La mujer parte en su busca y goza con su encuentro o supone que es El quien la hace gozar. El varón es el vehículo subjetivo, enmascarado de Yo, que asiste a la ceremonia con su notoria diferencia. Es un auxiliar pero privilegiado y definidor. Por eso existe, al revés que la mujer, que está ahí, siempre, pero sin existir. Y un tercero en discordia-concordia: el lenguaje, que nunca veremos como tal, sino disimulado en palabras, gestos, tonos, ademanes, signos.

El monoteísmo como problema político, Erik Peterson, traducción de Agustín Andreu, prólogo de Gabino Uríbarri, Trotta, Madrid, 1999, 137 pp.

Aristóteles explicó la conveniencia de la monarquía porque no es bueno que muchos manden. Desde entonces se ha intentado fundar la institución monárquica tanto en razones terrenales como en bases sobrenaturales. El helenismo, elaborando la fe judía en un Dios único, concluyó que el cristianismo debía apoyar la existencia de un rey único como la divinidad, un emperador. Pero tropezó con el dogma de la Trinidad y la existencia de dioses locales, respetados por el poder romano. Cuando Cristo nació, ya apenas había reinos particulares, de modo que la identificación Cristo-Emperador no resultaba difícil.

De hecho, Cristo aparece en numerosos textos de la Iglesia primitiva como *rex* o *imperator*. Él dijo que su reino no era de ese mundo, pero ¿significaba el aserto que no era terrenal o no era actual? ¿Es Cristo el rey de un dominio extraterrestre o de la Tierra futura? Desde luego, la cosa da para mucho y, como siempre en el cristianismo, para soluciones encontradas y beligerantes entre sí.

Peterson (1890-1960), teólogo alemán y prudente, se inclina a favor de la espiritualidad. El monoteísmo no sirve para justificar ningún poder terrenal porque se reduce, en tal caso, a instrumento mundano. Cristo reina, pero no en la Tierra, donde ha venido a revelar la verdad y a ser sacrificado, ya que ambas cosas van necesariamente juntas. Con todo, se sigue especulando con un Cristo Rey, que enfrenta al padre con el hijo y al hermano con el hermano, dispuesto a ser el antiguo Dios de los Ejércitos o un barbudo y atrevido guerrillero tercermundista.

Figuras de lo pensable, Cornelius Castoriadis, traducción de Vicente Gómez, Cátedra, Madrid, 2000, 293 pp.

El griego Castoriadis (1922-1997), escritor francófono, desple-

gó variados saberes, que aparecen ejemplificados en esta miscelánea de sus últimos años: filología clásica, marxismo autocrítico, psicoanálisis, epistemología de la ciencia, economía política, socialismo de aquella manera (el de su revista *Socialisme ou barbarie*). Defensor de la historicidad del hombre, de su autonomía individual y social, moderno, en suma: a su vez, reconocedor de la insanable imperfección de toda empresa humana, a contar desde la más ambiciosa y sólida, el capitalismo; aceptador de la economía política, pero no de su carácter científico preciso y previsor; demócrata, pero a la manera fundacional de la democracia, como la autogestión de toda la vida social; etcétera.

Didáctico y diáfano, Castoriadis se mete entre disciplinas cercanas pero dispares, demostrando su habilidad para pensar cosas heterogéneas como la guerra y la neurosis, el odio como afecto fundamental a la madre y a la sociedad (en consecuencia: a uno mismo y a los demás), el caos y las determinaciones de los objetos por medio del número y el espacio.

Castoriadis tuvo sus bestias negras y las exhibe en su zoológico particular: Heidegger, Lacan, las instituciones ortodoxas, los políticos conservadores de diverso pelaje, la concepción totalitaria de la vida. La suya es una defensa de lo imaginario social y la imaginación

individual, como campo de lo indeterminado, lo creativo, lo futuro: la libertad entendida como manos a la obra, como ejercicio concreto y asociativo de esa indeterminación. Un siglo extremadamente civilizado y bárbaro, liberal y opresor, opulento y miserable, le indujo la necesaria vocación que articuló su vida: buscar espacios de libertad en medio de la sociedad que todo lo condiciona, lo instituye y lo compulsa.

Historia de la violación. Siglos XVI-XX, Georges Vigarello, traducción de Alicia Martorell, Cátedra, Madrid, 2000, 394 pp.

La historia de los delitos vinculados al sexo tropieza con ciertos inconvenientes cuando se trata de tiempos alejados del nuestro: falta de denuncias, encubrimiento de sujetos de alto nivel social, ocultamiento de hechos por entender que pueden dañar el honor de la mujer violada, negación de los casos de violación homosexual, etc. En estos terrenos, el historiador debe valerse de ajustadas hipótesis.

Distinta es la situación a partir del siglo XVIII, cuando aparecen las primeras y tímidas medidas de protección a los menores y se vislumbra un cambio de concepto que cristalizará avanzado el Ochocientos: la violación no es un delito contra el pudor sino contra la libertad sexual, en especial la correspondiente a la mujer.

A esta evolución se añaden unas estadísticas criminales más nutridas y puntuales, la inquietud de la ciencia psiquiátrica en cuanto a la anomalía mental del violador, la influencia del medio ambiente, la degeneración innata o adquirida, etc. La investigación de Vigarello llega a nuestros días y recoge el aumento de los hechos conocidos de violencias sexuales, aumento que refleja equívocamente la realidad de los hechos y que más bien responde al creciente estado público de la cuestión.

La masa ingente de aportes documentales está limpiamente procesada y permite advertir la extrema seriedad de la investigación. Categorías propias del derecho penal, la filosofía, la ciencia biológica, la literatura y la crónica son manejadas con habilidad y solvencia, de modo que entendemos con nitidez el alcance de los hechos y la evolución de la mentalidad social inherente a los mismos, tanto del lado del violador, como de su víctima y del Estado que actúa en nombre de la sociedad.

La estructura de la realidad, David Deutsch, traducción de David Sempau, Anagrama, Barcelona, 2000, 398 pp.

Con apoyo en Popper y combatiendo algunas convicciones tópicas, el profesor Deutsch (universidad de Oxford) analiza las distintas vías de acceso al conocimiento de la realidad: el inductivismo, el biologicismo, el evolucionismo y la epistemología problemática, que se libera de la observación para concentrarse en la explicación y en la crítica de la razón científica.

La pluralidad de universos (el pluriverso, como Deutsch lo denomina), el carácter intermitente, fragmentario y no lineal del tiempo, la inconstancia de los objetos llamados materiales, la realidad virtual y la limitada capacidad de imitar objetos, los deslindes entre la convicción teológica y la certeza cuestionable de la ciencia, son algunos de los incisos recorridos. Desde luego, la historia de la ciencia —más estrictamente, de la casuística y de la epistemología de las ciencias— insiste en estas páginas, que desagan en el problema de los problemas: el punto de partida y la meta de la ciencia no son científicos y no resisten los embates del arte, la religión y la filosofía. De ahí la necesidad de un diálogo constante, un estado de asamblea igualitario del conocimiento, sin inquisiciones amenazantes ni arrogancias cientifi-

cistas, sin mistificaciones lexicales ni delirios metafísicos.

Vivimos en un mundo real y cualquier solipsismo es insostenible, pero no sabemos qué calidad última es la de ese mundo real, siquiera si es algo que cabe denominar, con justeza, mundo. La realidad se nos resiste y nos contesta, se nos opone y nos interpela, porque somos animales de saber, pero no hemos encontrado la Clave de las claves para acabar de conquistarla. Con amena exposición y abundante ejemplificación, Deutsch va y viene de los principios a las utopías, pasando por la historia de los conocimientos y la construcción de un Saber de los saberes, la Episteme definitiva.

La religión gnóstica. El mensaje del Dios Extraño y los comienzos del cristianismo, Hans Jonas, prólogo de José Montserrat Torrents, traducción de Menchu Gutiérrez, Siruela, Madrid, 2000, 415 pp.

Aparecido en 1958 y reeditado con correcciones en 1962 y 1970, el estudio de Jonas se ha convertido en la obra canónica moderna sobre la materia. En él hace una barrida histórica desde la impregnación gnóstica oriental del pensamiento griego hasta el helenismo y sus con-

tactos con los (negados por la ortodoxia católica) orígenes del cristianismo. Sigue la línea a través de sus variantes (Simón Mago, Marción, el hermetismo, el maniqueísmo, la especulación valentiniana) para advertir en qué medida silenciosa y sutil aparece la gnosis en la filosofía cristiana «oficial» y en el pensamiento clásico griego.

Como buen alumno de Heidegger y lector de Nietzsche, Jonas señala que el gnosticismo, lejos de ser una curiosidad arcaica para estudiosos de las religiones comparadas, tiene un vínculo fuerte con el nihilismo contemporáneo, con el existencialismo que va de Pascal a Sartre y –cabe agregar– con expresiones de la literatura del siglo XX, entre Kafka y Borges.

Un mundo hostil al hombre, obra demoníaca que lo aparta de Dios, una aspiración angustiosa por la luz en un medio tenebroso, las contradicciones trágicas de la condición divina, la falta de armonía cósmica, el abandono del hombre en un mundo extraño pero que parece ser el único disponible, todo ello hace a la actualidad de esta doctrina que vio en la intuición la identidad de la verdad como iluminación y unidad, poniendo en duda todo el saber discursivo de Occidente. Con mirada diáfana, paciencia científica y economía narrativa, Jonas compone una obra maestra en la historia del pensamiento, explorando el lado penumbroso de nuestras tradicio-

nes, tan fácilmente canonizadas y tan problemáticas al examinarse en detalle y más allá de toda consabida apariencia.

Los filósofos y la política, Manuel Cruz (compilador), Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1999, 190 pp.

Los filósofos han perdido protagonismo político en favor de otros especialistas. Preocupado por el fenómeno, el profesor Cruz ha reunido a dos estudiosos españoles y dos italianos para reflexionar sobre el tema.

Remo Bodei encara el asunto como crisis de la domesticación de la historia, ausencia de ondas largas y metarrelatos, con una doble consecuencia: decadencia de lo público y reino del placer de vivir el momento sin historia, en plan íntimo y privado. Lo colectivo renace en lo comunitario, en la pequeña patria que reacciona frente a la globalización. La caída de lo político absolutiza la utopía como realidad, separando la búsqueda de la felicidad (ideal ilustrado) de lo social.

Roberto Expósito encara la anomia contemporánea, la escisión

entre ley y norma, entre mandato y contenido del mandato, que se ha abstraído hasta tornarse imperceptible. Tampoco existe ya un sujeto único y constante, compacto y homogéneo, que sostenga al orden jurídico. Hace falta que internalice al otro y no que lo perciba como enemigo.

Mientras Felipe Martínez Marzoa bucea en los orígenes clásicos de la política, José Luis Villacañas Berlanga investiga la teología política como la secularización moderna de la virtud salvífica medieval, que conforma a las elites contemporáneas. Para sustituir dicha teología propone una noción antropológica radicalmente democrática del ciudadano, que sustituya el miedo del hombre a sí mismo (fundamento del Estado moderno, neutralizador de la muerte) por la confianza en el otro.

A pesar de su brevedad, este *reading* diseña una sintomatología: la política contemporánea necesita relegitimarse, tornarse radicalmente laica, incorporar al otro como prójimo y no como enemigo, redefinir la *polis* como el espacio común de unos individuos que son, a la vez, distintos y comparables.

B. M.